

de atestiguar los sentimientos afectuosos que a él le ligaban y en varios apartes de la oración fúnebre dejó constancia de la bien templada fe cristiana que caracterizó al gran caudillo de la Independencia de la América del Sur.

E. Gómez Barrientos

BOLIVAR EN SANTA ANA

La guerra a muerte que asolaba a Venezuela había conducido a tal extremo de crueldad, que los dos Jefes supremos de los beligerantes, **Bolívar** y **Morillo**, se entendieron en la Conferencia de Santa Ana para la regularización de la contienda, al modo usual entre los antiguos caballeros.

Tocóle al Libertador hacer los honores de la casa.

Esa noche ya habíanse retirado a su dormitorio Morillo y la gente de su séquito, mientras Bolívar daba el último vistazo para cerciorarse de que todo estaba en orden.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver al general Hermógenes Maza en actitud amenazante, frente a una puerta!

La espada desenvainada, el ceño adusto, la mirada inquieta, recelosa y atrevida y la agitación del guardián revelaron al Libertador que su subalterno tenía entre manos algún plan siniestro.

—“Retírate, véte a acostar”, le dijo Bolívar.

—Acostarme yo, mi General, eso no es posible.

—“Ven y sígueme”

Y llevándole al cuarto en donde estaba el general Morillo, le dijo:

—“Mira cómo duermen tranquilos estos seño-

res confiados en que están en medio de caballeros; mas tú ignoras este proceder hidalgo, porque no has tratado nunca con caballeros españoles. Vé a acostarte”.

CLEMENCIA DE BOLIVAR

Un sargento ha sido condenado a muerte en Consejo de guerra por una grave infracción. En capilla está: contrito, con santa pesadumbre, le pide a Dios misericordia. Una joven hermosa fuerza la guardia del Dictador: desesperada, loca, penetra en sus habitaciones, cae a sus plantas, hiere los cielos con ayes de dolor amorosísimo. El General permanece inexorable: la sentencia será cumplida. La pobre muchacha, medio muerta, se arrastra afuera. Su prometido va a morir: los santos esponsales van a ser rotos en las puertas del Himeneo.

Esa misma noche, a las dos de la mañana, cuando todos estaban durmiendo, una sombra comparecía misteriosamente en la sala del Dictador: era una mujer vestida de negro, a quien seguía un oficial. El Dictador tuvo con ella una corta plática, y la despidió. A la oración del día que estaba llegando, entre oscuro y claro, un piquete de soldados, con la caja fúnebre, salía por las murallas de Puerto Cabello: el sargento, pálido, pero firme, se hinca al borde de la sepultura cavada para él en ese mismo sitio, al pie del fuerte. “Pelotón, fuego!”. El sentenciado cae, cuan largo es, dentro del agujero. Al otro día sus camaradas fueron a ver la tierra fresca que cubría el cadáver de su amigo, y lloraron, sin maldecir a su General.

Muchos años después, cuando se supo en Venezuela el fallecimiento de Bolívar, un viejo se dirigía una mañana a la iglesia de una aldea de los Llanos,

seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron con profunda devoción la misa que él mismo había mandado decir por el alma del Libertador, y se volvieron a su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese día la familia, y la gente de la calle oyó adentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sargento fusilado al pie del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos, y vivió feliz con otro nombre en un rincón oscuro, bendiciendo, junto con su esposa, la memoria de su General y salvador. Cuando éste hubo fallecido, le lloró como a padre idolatrado.

Juan Montalvo

BOLIVAR EN CASA DE HERRAN

En mayo de 1830 ya el Congreso admirable había elegido para Presidente de la República a D. Joaquín Mosquera.

Resuelto Bolívar a alejarse de Colombia, se propuso salir de palacio a un alojamiento en casa particular, mientras preparaba el viaje.

En el momento de tal resolución rodeábanle algunos amigos suyos, quienes le habían ofrecido hospedaje.

—“General Herrán, dijo Bolívar con semblante afectuoso, todos mis amigos me han ofrecido sus casas, menos usted.

—La mía es tan estrecha y modesta, contestó el interlocutor, que no se me había ocurrido que V. E. pudiera quedar en ella cómodamente alojado. ¿Y V. E. la aceptaría?

—Si usted me la ofrece, ¿cómo no?